





NO  
CONTABAN  
CON MI  
ASTUCIA



LUIS MANUEL RUIZ

NO  
CONTABAN  
CON MI  
ASTUCIA

**algaida**



Primera edición: 2021

© Luis Manuel Ruiz, 2021

© Algaida Editores, 2021

Avda. San Francisco Javier, 22

41018 Sevilla

Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54

e-mail: [algaida@algaida.es](mailto:algaida@algaida.es)

ISBN: 978-84-9189-577-0

D.L.: SE. 1249-2021

Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

## ÍNDICE

1. La mujer vampiro . . . . .	21
2. El mayor superhéroe de todos los tiempos . .	77
3. Merlín el Encantador . . . . .	130
4. La Bruja Bollería. . . . .	178
5. Rompetechos . . . . .	213
6. El doctor Mabuse. . . . .	246
7. El Equipo A . . . . .	286
8. Los caballeros de la Tabla Redonda. . . . .	326
9. El Oso Yogui. . . . .	362
Nota . . . . .	382





CALAMARDO: Hay dos clases de personas. Están las personas que son normales... Y luego estás tú.

BOB ESPONJA: ¿De verdad?

CALAMARDO: ¡Sí, de verdad! ¡Tal vez deberías ser un poco más normal!

BOB ESPONJA: ¿No soy normal, Calamardo? Pero... ¿Cómo se vuelve uno normal?

BOB ESPONJA, «Anormal», episodio 104a



**E**XISTEN MUCHAS FORMAS EN LAS QUE ESTA HISTORIA PODRÍA comenzar: las historias son como ríos, que nacen de la contribución de muchos torrentes distintos, o como esas pelusas que aparecen a veces detrás del sofá, después de que hilos y pelos de gato y suciedad pura y simple decidan combinarse y crecer. Esta historia podría comenzar, digamos, debajo de un puente, o no exactamente debajo, sino en uno de sus extremos: ahí donde el arco de hierro forjado toca la orilla y los vagabundos se reúnen periódicamente para encender bidones y conversar. O podría comenzar, también, en una remota fábrica del corazón del continente, en que máquinas que jamás tienen sueño juntan piezas con piezas y las bañan en pinturas de colores y las depositan en cajas para componer pequeños muñecos sonrientes, de cabello dentado. Podríamos seguir el rastro de cualquiera de los muñecos hasta la juguetería correspondiente, o hasta la casa del niño que, entusiasmado o no (los videojuegos van ganando lentamente la partida), lo desprecinta con ocasión de su cumpleaños. Podríamos, igual, fijarnos en una mujer cada vez menos joven

que regresa a su domicilio a través de una autopista azotada por el sol, con el aire acondicionado oponiéndose casi sin fuerzas a la ventolera que caldea el metal y lo oprime por todas partes, el techo, las dos puertas, el parachoques y hasta los neumáticos. La mujer está cansada, o aburrída, o no sabe qué, y contempla distraídamente las señales de las gasolineras que flanquean el asfalto antes de que desaparezcan tragadas por el parabrisas y sean sustituidas por cerros, alquerías, anuncios de menús del día, otras señales de otras gasolineras. Podríamos seguirla hasta que alcanzara el extrarradio e intentara orientarse entre la sádica red de rotondas y desvíos que debe llevarla a casa, mientras intenta no pensar en fumar, porque está dejando de fumar, pero tampoco empezaremos por ahí. Podríamos, pero no.

Narrar es un acto de suprema responsabilidad: aquel mediante el cual alguien se hace cargo de un relato y decide soberanamente cuál es la importancia relativa de las partes, los episodios, las escenas, cuál ha de anteceder a cuál otra, quién irá primero y quién la seguirá. Y así, esta historia, aunque podría comenzar de otros muchos modos distintos sin diferencias de envergadura, comenzará en esa misma ciudad a la que ahora llega la mujer que ha dejado de fumar y que acaba de acertar con la ruta que la conducirá a su destino. Es una ciudad modesta, ni pequeña ni grande, plantada sobre un río demasiado verde, añosa, algo mojígata, dinámica, sucia a ratos y a ratos brillante, igual de contradictoria que el resto de las ciudades. En una zona de la ciudad, un poco arriba a la izquierda si tuviéramos un plano de ella sobre la mesa del comedor, hay una vieja, viejísima muralla con el ladrillo mordido. La muralla se abre en dos o tres arcos de medio punto para que crucen los peatones y los pocos coches que ya permite la ordenanza municipal: la polución maltrata la piedra, el humo vuelve oscuro

el pasado. Detrás de la muralla, hacia arriba, es decir, en la dirección del centro de la mesa si estuviéramos observando el mapa que acabamos de desplegar, una calle con restos de adoquinado árabe y balcones que posan para una postal se extiende hasta una plaza donde duermen los drogadictos. A mediados de esa calle, a la derecha, una puerta verde conduce a un patio de vecinos, muy primorosamente decorado con macetones y cerámicas azules y amarillas. Para alcanzar los diversos apartamentos de que consta el inmueble, pasillos abiertos y escaleras ascienden y descienden por todo el patio, remontándose a la azotea y horadando el sótano, introduciéndose en recovecos desconocidos de los que nacen otros patios o que desembocan de sopetón en una calle distinta. Este apartamento, sin embargo, no precisa de ningún laberinto: es el primero que uno se encuentra al trepar la escalera del vestíbulo y avanzar en línea recta.

La puerta suele estar cerrada con doble vuelta de llave y cadena: precauciones que se deben quizá a que su propietario considera que dentro se guardan objetos de mucho valor. Objetos que llenan el piso desde el mismo recibidor y que no prometen gran cosa en una primera inspección superficial: una rueda de bicicleta con la cámara desinflada, un horno microondas sin dial, un espejo con un marco dorado, cajas de hojalata que guardan cromos, un sombrero de picador; y más allá, en el salón, donde un extraño mueble de mampostería divide la pared en casillas o nichos, dentaduras postizas en frascos, estuches de herramientas, gafas con y sin cristales, carteles de festivales de *jazz*, lámparas de mesa, una manguera, brazaletes, libros, páginas de libros, la cabeza de un maniquí. Hay también una cocina, justo frente al rellano, pero el decoro, por no hablar de los olores, nos exige que la dejemos de lado para buscar el pasillo.

Las habitaciones del pasillo tienen todas las puertas cerradas: en alguna de ellas, o en todas, se preservan los tesoros verdaderamente valiosos. La última, al final, de donde provienen las carcajadas, permanece entreabierta. El que se ríe es el hombre sentado a la mesa camilla, y lo que le hace reír son las imágenes del vetusto televisor de tubo, un Telefunken, que ocupa rotundamente lo alto del aparador. Es un hombre delgado, casi abstracto, dotado de una piel lechosa que al contacto resulta no menos ajena y fría que la cera de un museo. El hombre va peinado con una pulcritud que sólo se ve en las fotografías de posguerra, en pelotones con el brazo alzado en el saludo romano, y al reírse, al desternillarse, el ímpetu de las risotadas es tan fuerte que le obliga a doblarse sobre el sillón. En la pantalla del televisor, visiblemente convexa, un individuo vestido de rojo con dos antenas responde a otro que mueve el bigote, un bigote poblado y enorme, con aspecto de ardilla. Antes de la última carcajada del hombre de cera, el de las antenas ha dicho: «Más vale llegar a tiempo que mal acompañado». Y aquí sí, ahora, es donde comienza la historia.

La historia podría comenzar también en un momento distinto, aunque tampoco tanto, ni a una distancia excesiva del primer escenario. En este caso es de noche, noche cerrada, lo cual dificulta el reconocimiento exacto del lugar en que los dos hombres acaban de asesinar a un tercero. Que lo han asesinado parece fuera de toda duda, ya que el cuerpo, correoso, rígido, ha dejado de sufrir espasmos en cuanto el primero de los hombres ha apretado más el hilo de pesca en torno a su cuello y lo ha dejado caer. La labor ha exigido un esfuerzo notable: a pesar de la delgadez de la víctima y su aspecto más bien ruinoso, se ha opuesto al ataque con inesperada violencia y ha sido necesario inmovilizarlo contra la pared, lo cual ha dejado al pri-

mer hombre exhausto. Ahora ese hombre arroja lejos de sí la tanza y busca aire en medio de esta noche de verano a la que parecen haber puesto murallas, que alguien parece haber encerrado en un recinto de techo bajo, sin aberturas. Es el turno del segundo hombre y su estuche de herramientas.

El segundo hombre vacila; sabe que han pactado de antemano la operación que deben realizar sobre el cadáver una vez haya dejado de agitarse, pero un último escrúpulo le impide moverse. El primer hombre, que ejerce de centinela desde la esquina, le apremia: no tienen toda la noche; en cualquier momento, otro vagabundo borracho, cualquier viandante que regresa a casa por el sitio más inoportuno, o, peor, una patrulla rutinaria de la policía pueden caer sobre el rincón del contenedor y ver el fardo ahí, bajo el abrigo, con la boca abierta en un último grito sin voz. El estuche del segundo hombre es del tamaño de un libro en octavo, de madera sin barnizar. Se abre con un pequeño broche que basta un movimiento del pulgar para retirar y permitir que la tapa descubra el plástico rojo del interior; y en el interior, a pesar de la escasez de luz de la plaza, los instrumentos: el taco lijador, el punzón, los dos ranuradores y las dos gubias, los dos destornilladores de precisión, plano y de estrella, el cortador de ángulos, la cuchilla Heavy Duty con protección y mango de aluminio, la cuchilla mediana con protección y mango de aluminio, la cuchilla fina de precisión con mango de aluminio que finalmente escoge después de colocar el cuerpo bocarriba y arrodillarse sobre él.

Los conocimientos de cirugía del segundo hombre son nulos: es decir, no más extensos que los de cualquiera, no más allá de los cuatro rudimentos de anatomía que le inculcaron en el instituto. Por eso, al punzar el primer ojo en un extremo de la órbita, con la vaga intención de hacer palanca y sacarlo como una pelota de golf, perfora sin quererlo la arteria oftál-

mica y recibe una andanada de sangre que le empapa la camiseta. El segundo hombre maldice, se caga en todos los muertos, escupe, está a punto de retroceder: buena habría sido la precaución, ya inútil, de protegerse con delantal y guantes. Pero está hecho, a estas alturas lo mismo da. Si uno insiste con la cuchilla justo en el punto del primer ataque puede cortar limpiamente el músculo recto superior, el lateral y el medial, incluso destrozarse el anillo de Zinn, ese nudo de tendones que retiene en globo en la cavidad, contra la sangre que mana a borbotones, como de una balsa que se hunde, y que no permite ver nada a las claras. En cierto momento, la cuchilla ha superado toda resistencia y parece obvio que el ojo puede salir con sólo tirar de él con los dedos: pero esa apariencia, como enseguida comprobará el segundo hombre cagándose de nuevo en todos los muertos del mundo, descuida la existencia del nervio óptico, que mantiene el ojo conectado al cráneo hasta que cede de un tirón, el mismo tipo de tirón que sirve para arrancar la mala hierba de la juntura del adoquín. Ahora es el segundo hombre el que está exhausto: el que boquea sobre el cadáver y sobre la riada de sangre que burbujea en el rostro del cadáver.

El segundo ojo, el izquierdo, no le exige tantos miramientos. Va a bastarle con ensartarlo igual que una aceituna en el cuenco, y sacarlo retorciendo la cuchilla por el círculo de la órbita, aplastando la pulpa, derramando el suero, manchándose los nudillos de más sangre y gelatina y unos coágulos espesos por cuya procedencia ya no se preocupa de preguntarse: el segundo ojo simplemente explota en su hueco, como si el pobre cadáver hubiera presenciado algo atroz, imposible de soportar a vista descubierta. Esa impresión, la de que el vagabundo muerto ha sido testigo de una verdad insoportable, queda marcada en sus rasgos cuando los dos asesinos se marchan y, sucios de sangre, buscan la complicidad de la noche



bajo los soportales: la boca abierta, atónita, los ojos que no están en mitad de la frente roja, el vacío del abismo y de la noche y del futuro sin esperanza en el interior de los ojos.

El tercer modo en que nuestra historia puede comenzar nos obligaría a desplazarnos dos mil setecientos kilómetros y trescientos años hasta una ciudad sumida en la nieve. En invierno, la noche se adelanta sobre los tejados de aguja, y a pesar de que no sean más que las nueve y media de un febrero especialmente cruento con las ventiscas, apenas se ve nada en la calle. Los faroles de aceite que marcan los umbrales de las tabernas, única iluminación callejera de que el vecindario dispone, tiemblan bajo la furia del viento mientras una silueta solitaria, la única que recorre las aceras, se aventura a atravesar la Katharinenstrasse con un capote y un bastón. Su destino es un ancho edificio de cuatro pisos, con altas ventanas cuadrangulares a través de las cuales puede contemplarse la estatura de un hombre, amén de otros detalles: las pesadas arañas de cristal y mayólica con que al viejo Zimmermann, dueño del local, le gusta decorar sus salones, el mármol jaspeado de los veladores, el humo desenroscándose de los cazos de las pipas, la concurrencia distraída en reír, jugar a los dados, contar chismes con que distraer el tiempo antes de que el concierto comience de una vez.

El recién llegado se sacude la nieve de los hombros antes de entregar capote, bastón y sombrero al encargado del guardarropa, y de acceder con su cartapacio bajo el brazo al salón principal de la planta baja. El calor de las tres estufas de porcelana tácticamente situadas junto a los rincones, junto al aroma del tabaco y los licores, y al bullicio de la conversación, no tarda en subirle el color al rostro: sabe que tendrá las mejillas coloradas como las de un lechón (se lo dice siempre su esposa

Anna) en el momento de saludar a ese patán de Görner, que ocupa con su pierna gotosa una de las butacas de primera fila frente a la tarima, y reunir a los instrumentistas para repasar la partitura. El flautista y el gambista parecen dominar sus partes a la perfección, lo que le tranquiliza un poco; en cuanto al clavicémbalo, es un joven pipiolo educado en Francia, que sustituye al viejo Gerlach abatido por un enfriamiento, y que siente una pasión por las florituras y los trémolos y los fuegos de artificio que habrá que estar dispuesto a podar desde el estrado en cuanto llegue el caso. La soprano ha punteado correctamente su segunda aria, no la más lucida pero sí quizá la más importante del repertorio, y se la ve convincente en su papel de hija consentida, rebelde con la benevolencia de su padre, como son las jóvenes de ahora, y como lo sería también su propia Christine si él mismo no empleara la mano dura que debe emplear.

—Buenas noches, maestro Cantor. ¿Todo listo para la función?

Todo listo, en efecto. El Cantor de Santo Tomás se inclina para saludar al señor Zimmermann, muy interesado también él en que tanto orquesta como intérpretes sean capaces de ofrecer lo mejor de ellos mismos en una noche como esta, en que el público rebasa el aforo habitual de la casa, quizá obligado por el frío a buscar el cobijo de las estufas. Un público que ya va aproximándose a la tarima conforme la flauta y el violín afinan sus primeras notas, que desciende de los pisos superiores y ocupa poco a poco, entre risas y codazos, los taburetes que pueblan el salón hasta los mostradores del vestíbulo. El Cantor de Santo Tomás puede acomodarse satisfecho en el sillón que Zimmermann suele reservar para él en un flanco del escenario, con el pentagrama extendido en la pequeña mesita de servicio donde pronto se posará su café. El delicioso, tibio, humeante café.

Está tan distraído siguiendo la improvisación de Liesgen sobre el número 8 que no advierte que una camarera ha abandonado ya su tazón caliente sobre la mesita. Y, lo que es peor, que lo ha hecho precisamente encima de la esquina de uno de los pliegos, derramando parte de su contenido sobre la partitura y dejando una señal en semicírculo que será imposible de borrar. El Cantor maldice con furia retomando el pliego de un golpe, cerciorándose de que la mancha se detiene en el ángulo y no ha arruinado ningún compás, de que no oscurece una sola nota. Sí, así es. No ha pasado nada: no debe dejarse llevar por el mal genio hereditario de la familia, el que le hacía a su propio padre ponerle las posaderas como nísperos cuando equivocaba las notas en la coral. Mejor será que se tranquilice, respire con lentitud, tome la petaca donde guarda la hebra y comience a cargar la pipa, al tiempo que anticipa el sabor del delicioso café. Las diez están a punto de sonar en el alto reloj mecánico que monta guardia en el vestíbulo.

Vuelve a examinar el círculo sin cerrar que ahora rubrica la partitura en el lado superior izquierdo del pliego: no es para tanto. De modo que ruega perdón a Dios por las malas palabras que ha concebido en su pensamiento y señala con la barbilla al clavecinista: puede comenzar con la escala del primer recitativo.



## 1. LA MUJER VAMPIRO

**E**L FINAL DE LAS VACACIONES TRAE EL CAMBIO DE UN MAR por otro mar. El primero, el de allá, estaba hecho de agua y espacios abiertos; este de aquí, ahora, es una masa de metal, vidrio, neumáticos, bocinas, tubos de escape que el dique de la avenida no puede contener. A la inspectora Esther Béjar nunca le ha gustado el mar, independientemente del material con que esté fabricado, de modo que la diferencia le resulta superflua. Se limita a asarse en el habitáculo de su Seat Ibiza mientras observa cómo el resto de vehículos se esfuerza por maniobrar en el interior del atasco, y eso es todo.

Pero no, no es todo. A la temperatura homicida de este mes de septiembre, que no se entera de que el verano ha terminado, hay que sumar las prisas, el cansancio. Esther se ha retrasado en casa más de lo necesario porque su trastero es un territorio hostil donde no puede encontrar nada, no al menos lo que tendría que encontrar antes de entrar en la oficina. Antes de tener que correr, encender el motor a marchas forzadas, surcar las avenidas soñolientas sin mirar los semáforos, quedar atrapada en el atasco reglamentario. También hay que sumar,